

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 28 de Marzo

Núm. 12

Año XII. No. 532

SUMARIO

Obreros	Azorín
Eurípides (y 5)	Sir Gilbert Murray
Poemas	Jaime Torres Bodet
¿Y el aspecto técnico?	Juan del Camino
Exhortación heroica	Manuel Segura
Marginaciones bibliográficas	G. Castañeda Aragón
Una accidentada visita a San José	Persiles

Un libro de poemas	Benjamín Jarnés
Veinte años de labor en el <i>Mercure de France</i>	Francisco Contreras
El Centurión de Cafarnaum	Ernst Wiechert
Del Evangelio según San Mateo	
Agrupación al servicio de la República	Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala

Obreros

=De El Sol. Madrid=



Por F. Amighetti

Vamos, lector; no hagas dengues ni hazañerías. Si te está bien, si te está pintiparada, si te está perfectamente, si parece que la han hecho a tu medida, si seguramente la han cortado pensando en ti. ¿Tú qué hubieras querido: que nos lanzáramos a la tarea así como vamos? ¿Con este terno flamante? Mejor hubiera sido, créelo, con el grotesco *chaquet*, o con el ridículo *frac*, o con el vulgar *smoking*. Fuera bromas, a ponerse la blusa; ya sé que la blusa va desapareciendo; sólo la llevan ya, puede decirse, que nuestros amigos los albañiles; pero la blusa siempre será cómoda para el trabajo; los movimientos con ella son fáciles, desembarazados; en un momento nos la ponemos y en un momento nos la quitamos. ¿Ves qué bien que te está? ¿Pues y a mí? ¡Ni que toda la vida hubiéramos sido carpinteros, herreros, tejedores! Estos tres oficios son los que vamos a practicar en el día de hoy; dejemos por unas horas los libros; olvidémonos de leer y de escribir. Nuestro pensamiento y nuestra sensibilidad los vamos a ejercitar hoy haciendo una silla, forjando unas trébedes, tejiendo un bello mandil de colores. Cosas fáciles todas; cosas que están al alcance de cualquier carpintero bisoño, o de un herrero primerizo, o del último de los aprendices de tejedor. Pero, lo diré también: cosas que exigen tanto pensamiento como escribir un artículo de literatura o de política. No adelantemos los acontecimientos; lo que haya de decirte, poniéndome muy serio, ya te lo diré al final. Ahora, al trabajo. Y ya estamos en la carpintería. El taller es reducido; nota cómo huelen las maderas que están ya aquí aparejadas, según término técnico, para hacer de ellas lo que se quiera. El pino, la caoba, el haya, el roble, todas las maderas, en fin, llenan con sus fragancias el pequeño taller; en un armario se hallan esperando las diversas herramientas. El día es templado; podemos tener abierta la puerta; abramos también esta ventana que tiene un cristal roto y que ha sido sustituido por un periódico. ¿Qué quieres que haga-

mos lo primero de todo? ¿Cepillar los barrotes para la silla? Sillas las hay de muchas clases; elegiremos para nuestra tarea una de paja. En el *Manual del carpintero*, de Nosban, traducido por D. Isidoro García Vicente y publicado en 1833; en ese *Manual* se hace el elogio de las sillas de paja. «Las sillas de paja—se dice—son las más sencillas de todas, tal vez las más sanas, las más frescas, y, sin disputa, las más ligeras.» Principiemos, pues, a trabajar en una silla de paja. El mismo autor añade que las «sillas de esta clase se hacen ordinariamente de cerezo silvestre, que se tiñe de color de caoba». En tanto vamos laborando con la sierra, con el cepillo, con el escoplo, con la lima, con la gubia, entonamos una cancioncilla; el tiempo va pasando sin que lo sintamos; nos apasionamos en la construcción del mueble; sentimos en todo el organismo un impulso igual al que sentimos cuando estamos escribiendo un artículo; experimentamos, al cepillar estos barrotes, un fervor idéntico al que experimentamos ante las cuartillas. Todo nuestro ser, espíritu y materia, trabaja en la construc-

ción de esta sillita, que va a resultar tan ligera, sana y elegante. Cuando la tengamos terminada, la pondremos sobre el banco y la contemplaremos amorosamente, dando dos pasos atrás, como el pintor o el estatuario contemplan su cuadro o su estatua.

¿Podremos terminarla hoy o será preciso volver mañana? Lo digo porque ha llegado el instante de trasladarnos a una herrería. No es grande tampoco este taller; es chiquito, y está, naturalmente, negro; negras las paredes, negro el techo, negro el suelo. En el fondo se halla la fragua; en medio está el yunque. Un mocito tira ya de la cadenilla del fuelle; el hogar es todo él una encendida brasa; el barrote de hierro que hemos puesto en el fuego está blanco. Lo sacamos con las tenazas, lo colocamos en el yunque y vamos dando sobre él con el recio macho. El tintinear de los martillos sobre el yunque es una cosa que nos ha encantado desde niños, cuando

en las madrugadas de invierno lo escuchábamos entre sueños. Ahora estamos bien despiertos; vamos a construir con este hierro unas bellas trébedes. Lo que hacemos en esta modesta herrería no son más que trabajos humildes; tú sabes que los herreros que no labran más que estos trabajos pobres se llaman chapuceros. Pues nosotros ahora somos unos humildes chapuceros. Nos parecemos al herrero de Arganda, que, según el refrán, «él se lo fuelle, él se lo macha, y él se lo lleva a vender a la plaza». Claro que en Arganda habrá herreros humildes, al igual que lo somos nosotros ahora; pero los habrá también que hagan labores de más enjundia. Asimismo dice otro refrán que «en casa de herrero, cuchillo mangorrero»; pero dentro de un momento, cuando tomemos una ligera refacción, verás cómo nuestro cuchillo no es tan tosco como dice la voz popular. Ya la tarea, después del trabajo que hemos hecho, ha terminado; tendremos también que volver otro día. Corramos hacia el tercer taller. ¿No es verdad que ya quedan pocos telares de mano en España? ¡Y qué bonitos que eran! Gene-